

LA IGLESIA

FICHA: UN CAMINO QUE CREA PUEBLO

ANEXO I EL PAÍS DE LA DIVERSIDAD

Érase una vez...

Érase una vez un país.

En ese país, como en todos los países,
había muchos tipos de personas:
niños, jóvenes, adultos, ancianos.
Había también personas alegres y tristes,
inteligentes y torpes,
altas y bajas,
rubias y morenas,
simpáticas y aburridas.

En ese país, como en todos los países,
había personas que construían edificios,
personas que vendían y compraban,
ejércitos y políticos,
empresarios y trabajadores,
sindicalistas y parados,
médicos y enfermos,
madres, padres e hijos,
estudiantes y profesores.

En ese país, como en todos los países,
había gente buena y gente mala,
y gente que no era del todo buena
pero tampoco del todo mala.
Y éstos eran la mayoría.

En ese país, como en todos los países,
las personas desconfiaban de los que no eran iguales a ellos.
En ese país, como en todos los países,
los jóvenes pensaban que los viejos no les entendían;
los viejos pensaban que los jóvenes eran irresponsables,
los fuertes pensaban que los que no eran tan fuertes eran vagos,
los activos que los que eran más tranquilos eran una lata,
y los tranquilos que los impulsivos eran muy molestos.
En ese país, como en todos los países,
las personas tenían miedo de los que eran diferentes.

Así, poco a poco, sin que nadie lo pensara,
el país de nuestra historia (como todos los países)
se convirtió en muchos pequeños países
donde cada uno se sentía seguro
porque nunca se encontraba con nadie que fuera diferente.
Y fueron construyendo muros
que casi nadie osaba traspasar.

Y el país de nuestra historia
se fue volviendo más triste...

Sucedió un día que una persona de nuestro país
recibió una carta.
Era de un amigo que vivía en el corazón del país, en la montaña.
Quería verla. La invitaba a una fiesta
que iba a organizar con sus amigos.
La persona de nuestra historia se sentía un poco aburrida.
Hacía mucho tiempo que no veía a su amigo.
Así que se puso en camino.
Armó su mochila, consultó el plano,
se vistió para el viaje
y empezó a caminar.

El camino que llevaba a la casa de su amigo era un camino largo y solitario.
Nadie iba nunca por allí, ¿para qué iba a ir alguien a la montaña?
Por eso, la persona de nuestra historia se extrañó
cuando vio a alguien en el camino.
Como estaba acostumbrada a no acercarse a nadie
que no fuera como ella,
dudó un momento.
¿Quién será? ¿Qué hace aquí? ¿Será peligroso?
Y se mantuvo a distancia.

Pero el camino era largo y difícil.
Empezó a dudar de que pudiera caminarlo sola.
Incluso pensó en dar la vuelta.
Pero, ¡tenía tantas ganas de ver a su amigo!

“Si caminamos juntos”, pensó,
“será más fácil que lleguemos a la meta”.
Así que se acercó al otro caminante.
Se miraron con desconfianza, y, poco a poco,
comenzaron a hablar.

“¿Qué haces aquí?”, preguntó.
“Este es un camino solitario y peligroso”.

“Voy a casa de mi amigo”, le respondió el otro,
“que me ha invitado a una fiesta”.
“Qué extraño. Yo también voy a ver a mi amigo.
Tal vez podamos hacer parte del camino juntos”.

Al principio, caminaron en silencio.
Bastaba una ojeada para darse cuenta de que eran diferentes.
En la ciudad nunca se hubieran encontrado.
Pero tuvieron que ayudarse a saltar ríos,
a escalar montañas,
cayeron y se levantaron,
rieron y lloraron
y se fueron olvidando de la diferencia.

A lo largo del camino fueron descubriendo otros caminantes.
Eran jóvenes y viejos,
hombres y mujeres,
niños y adultos,
simpáticos y antipáticos,
alegres y tímidos,
conversadores y silenciosos.
Intentaron ignorarse unos a otros,
pero todos eran necesarios para caminar.
Todos iban a ver a un amigo
que vivía en las montañas.
La persona de nuestra historia comenzó a pensar
que las montañas debían estar llenas de gente...

Después de muchos días de camino
divisaron una casa en el horizonte.
“¡Es la casa de mi amigo!”, exclamó una niña.
“Calla, tonto”, le contestó un joven,
“¿cómo va a ser la casa de tu amigo?.
Es la casa de **mi** amigo”.
“Creo que están los dos equivocados”,
intervino uno que era muy alegre,
“porque esa es la casa de mi amigo, el amigo de la gente alegre.”
“Se equivocan todos”,
contestó una ama de casa,
“porque es mi amigo quien vive en esta casa”.
“No estoy de acuerdo”,
exclamó un trabajador,
“es mi amigo quien vive ahí. He estado muchas veces en su casa.”

Todos se miraron desconcertados.
Como no podían ponerse de acuerdo,

decidieron acercarse a ver quién vivía en la casa.
Cuando ya estaban cerca, el dueño de casa salió a recibirles.
“¡Es mi amigo!”, exclamó la niña.
“¡Es mi amigo!”, exclamó el adulto.
“¡Es mi amigo!”, exclamó el trabajador,
“¡Es mi amigo!”, exclamó la científica.

Su amigo comenzó a saludarles de uno en uno,
con mucho cariño y mucha confianza.
Les llamaba a cada uno por su nombre.
“Bienvenida a mi casa, María.
¡Cuántas ganas tenía de verte!
Pero pasad, pasad adentro.
Hay sitio para todos.
Todo está preparado para la fiesta”

Los caminantes le miraron sin entender.
¿Qué tipo de fiesta era aquella?
No podían haber sido invitados todos juntos...
Finalmente uno, más atrevido, le contestó:
“Amigo”, dijo, “no entiendo lo que nos dices.
No dudo que todos sean buena gente,
pero no es correcto hacer una fiesta con personas tan diferentes.”

Su amigo, sonriendo, le contestó:
“Habéis recorrido todo el camino hacia aquí juntos.
Si todos hubierais sido iguales, probablemente no hubierais podido hacerlo.
Habéis necesitado la fuerza de los jóvenes,
la sabiduría de los ancianos,
el esfuerzo de unos,
la inteligencia de otros.
Durante el camino,
os habéis olvidado de lo que os separaba
porque tenáis un objetivo común.
Esta es mi fiesta y este es mi secreto:
Sólo siendo diferentes
podéis recorrer el camino.
Vuestra diferencia es vuestra mayor riqueza.
Pero habéis de aprender a ponerla al servicio de los demás”.

Y continuó:

“Habéis construido un mundo
donde la diferencia es una amenaza.
Os teméis unos a otros,
y os encerráis en vuestras pequeños países.

Y la vida es cada vez más triste, más oscura, más aburrida.
Sólo si aprendéis a mirar la diversidad como regalo,
podréis ayudaros unos a otros
a tener una vida más feliz y más plena”.

Todos se quedaron en silencio. Recordaron
diferentes momentos del camino.
Aquella vez que no se sentían capaces de seguir
y quien era más fuerte les ayudó.
Aquella vez que no sabían por dónde seguir
y quien era más inteligente les orientó.
Aquella vez que comenzaron a pelear,
y quien era más tranquilo les sosegó.
Aquella vez que se sentían tristes
y quien era más alegre les confortó.
Nadie hubiera podido llegar solo.

Uno a uno, poco a poco, fueron entrando en la casa.
Poco a poco se fueron mirando a los ojos
y dándose las gracias bajito,
con una mirada, un apretón de manos,
una palabra.
Y comenzó la fiesta.
Una fiesta muy distinta a la que habían imaginado,
llena de personas altas y bajas,
rubias y morenas,
alegres y tristes,
simpáticas y antipáticas,
inteligentes y torpes,
tranquilas y nerviosas,
activas y pasivas.
Una fiesta llena de personas.